

A las cuatro de la mañana les dijo la misa y los veló el cardenal con asistencia de los prelados de una y otra nación y de algunos grandes (15 de noviembre). Los días siguientes se pasaron en torneos, cañas, corridas de toros, fuegos artificiales y otros espectáculos y diversiones de la época. Visitó después el príncipe los conventos y colegios de aquella Atenas española, y luego partieron los príncipes consortes para Valladolid. En todos los pueblos del tránsito los recibían y agasajaban á porfia con fiestas y juegos de toros y cañas: en Tordesillas visitaron á su abuela la reina doña Juana (la Loca), que aun vivía allí olvidada de todo el mundo, la cual holgó mucho de verlos y los hizo danzar á su presencia; y pasando luego por Simancas, donde hallaron las calles de la villa alfombradas de paño, prosiguieron á Valladolid, cuya ciudad les hizo un recibimiento no menos magnífico que Salamanca.

Hicieron con tanto gusto, solemnidad y ostentación estas bodas, porque este matrimonio había sido elección espontánea del príncipe don Felipe, que por él había repugnado y desechado el que el emperador su padre le propusiera antes con la princesa Margarita, hija de Francisco I de Francia, como medio para hacer la paz con el francés, y que cesasen las guerras en que entonces Carlos y Francisco andaban envueltos: y también, y con otro fin semejante se había tratado de casarle con doña Juana de Albret, hija única de don Enrique (1). Por lo mismo fué mayor su satisfacción cuando por fruto de su amor con la princesa María de Portugal, vió nacer en Valladolid al príncipe Carlos (8 de julio, 1545), el que tuvo después el trágico y malaventurado fin que mas adelante veremos (2). Y por lo mismo fué también mayor su amargura de perder á su esposa, que sucumbió al cuarto día de haber dado á luz al príncipe, apenas habían gustado uno y otra las dulzuras conyugales, teniendo que consolarle su padre con el ejemplo de la resignación cristiana con que él suportaba la muerte de la hermosa y virtuosísima emperatriz (3).

El ilustre primado que había celebrado los desposorios y celebró también los funerales de la malograda princesa, el excelente cardenal Tabera (agosto, 1545), docto prelado y sabio consejero, tardó poco en seguir al sepulcro á la misma á quien acababa de hacer las honras fúnebres. El sentimiento que produjera en el príncipe la muerte del cardenal se templó pronto con la acertada elección que el emperador su padre hizo en la persona de su maestro y preceptor don Juan Martínez Silíceo, obispo de Cartagena, para que reemplazara á Tabera en la silla primada de Toledo (25 de octubre, 1545).

Seguía don Felipe gobernando el reino con mas prudencia que la que de su corta edad hubiera podido esperarse. Y bien necesitaba tenerla propia, porque si hasta entonces había podido guiarse por la dirección y consejo del primer secretario del César, Francisco de los Cobos, también le faltó este buen consejero (mayo, 1547), que tanto tiempo había obtenido la confianza del emperador, é intervenido en sus mas delicados y secretos negocios, y á quien por lo mismo había encomendado la dirección del príncipe en la gobernación del Estado durante su ausencia (4). Como regente, y en virtud de los poderes que en 1542 le habían sido conferidos, presidió Felipe las cortes generales de los tres reinos de Aragon, Valencia y Cataluña, que el emperador desde Bohemia había convocado para la villa de Monzon, con objeto de suplicar á

(1) Capítulos con respuestas marginales sobre los tratos de este casamiento. Archivo de Simancas, Estado, leg. 51.

(2) Carta de Felipe II al emperador (9 de julio), noticiándole el nacimiento de su hijo — Simancas, Estado, leg. 69.

(3) Bueno y loable era que el padre escribiese á su hijo exhortándole á la conformidad cristiana. Por lo demás el emperador buscaba entonces otra clase de consuelos á su pena por la muerte de su esposa, puesto que en aquel tiempo andaba en amorosas relaciones con Bárbara Blomberg, de que resultó el nacimiento de don Juan de Austria, de quien tantas ocasiones tendremos de hablar.

(4) Francisco de los Cobos, comendador mayor de Leon y duque de Sabote, primer secretario de Carlos V, estaba enlazado con la mas ilustre nobleza de Aragon y de Castilla, y estuvo casado con doña María de Mendoza, hija del adelantado de Galicia.

Este año perdió también el emperador otro de sus mas antiguos y fieles secretarios, Alonso de Idiáquez, que murió asesinado en Alemania al pasar el Elba.

los reinos le anticiparan el servicio en atención á los grandes gastos que le habían ocasionado las guerras de Italia y Alemania y la celebración del concilio de Trento en que estaba entendiendo. Las cortes aragonesas presididas por el príncipe regente votaron sumisas y sin oposición un subsidio de doscientas mil libras jaquesas pagaderas en tres años, y otorgaron además espontáneamente un servicio extraordinario de veinticinco mil libras al príncipe (de julio á diciembre, 1547). Pidióronle en ellas que el oficio de Justicia mayor del reino se pudiera renunciar, y á propuesta de don Fernando de Aragon, arzobispo de Zaragoza, se acordó en estas cortes que hubiera un historiador ó cronista de las cosas de Aragon, nombrado por los diputados del reino; felicísima providencia, una de las que mas han honrado y fomentado las letras españolas, y á que debió el reino aragonés la sucesión de los doctos y distinguidos escritores que han ilustrado su historia (5).

A este tiempo, vencedor Carlos V de la confederación protestante de Alemania, y trabajando por hacer aceptar á todos los príncipes imperiales el concilio de Trento, enfermó, como en otro lugar dijimos, en la ciudad de Augsburgo; y viéndose con tan quebrantada salud y señor de tantos y tan dilatados dominios, precaviendo lo que podría suceder, quiso que el príncipe su hijo viera por sí mismo y conociera aquellos Estados que un día habría de heredar y regir, y que al propio tiempo le conocieran á él y le trataran sus naturales. Al efecto, por medio del duque de Alba, y de Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, á quien Felipe había enviado para felicitar á su padre por sus triunfos contra los herejes de Alemania, llamó á su hijo con objeto de hacerle reconocer primeramente como heredero y sucesor en sus Estados patrimoniales de Flandes y Brabante. Y como acababa de concertar el matrimonio de su hija María con el príncipe Maximiliano, hijo de su hermano Fernando, rey de romanos, determinó que Maximiliano viniese á España, y que estos príncipes quedaran gobernando los reinos de Castilla y Aragon durante la ausencia de Felipe, y así lo escribió en una larga y razonada carta á las ciudades, prelados y grandes de ambos reinos.

Deseoso el emperador de que antes de salir Felipe de España conociera el estado de los negocios públicos y su modo de pensar en cada uno de ellos, le envió por el mismo duque de Alba una larga Instrucción de todo lo que debería hacer, proveer y procurar para el caso en que él falleciese, en todos los ramos y materias y en todos los asuntos que á la sazón se hallaban pendientes en sus dominios y en todas las naciones de Europa. Este importantísimo documento era al propio tiempo un testamento político, una recapitulación de avisos y consejos de buen gobierno, una exposición y reseña general de la situación política de todas las naciones, y de las relaciones de España y del imperio con cada una de ellas, y el pensamiento y sistema del emperador sobre las cuestiones que entonces se agitaban en el mundo, su conducta en lo pasado y los planes que deseaba se siguiesen en lo futuro. Pocas veces se presenta en la historia un documento que derrame tanta luz y represente tan al vivo el cuadro de una época, y en que se revele mas originalmente el pensamiento y el carácter del hombre que figura en él en primer término.

Recomendábase primeramente la defensa y mantenimiento de la fe en todos sus reinos, estados y señoríos; la prosecución del concilio que él había congregado con tanto trabajo y dispendios para la extinción de las herejías de Alemania; el acatamiento y respeto que debía mostrar á la Santa Sede, y la provision de las prebendas y beneficios eclesiásticos en personas de letras, experiencia y buenas costumbres.—Aconsejábale muy encarecidamente la paz, representándole lo cansados y trabajados que estaban sus pueblos con las pasadas guerras que él se había visto forzado á sostener, y los gastos y empe-

(5) Si loable fué la providencia, la elección no pudo ser mas acertada, y gloria perpetua será de aquel reino el haber nombrado para cargo tan difícil y honroso al doctísimo Jerónimo de Zurita, una de las mas fulgentes lumbreras de nuestra historia, tan justamente respetado de propios y extraños, y cuyos anales tantas veces hemos citado y nos hemos complacido en elogiar.—Cuaderno de cortes de Aragon, existentes en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.—Ponzano, Anales de Aragon, libro II, cap. 7.

ños que por ellas había contraído, pintándole la guerra como la cosa peor del mundo.—Procediendo á instruirle de cómo había de manejarse con cada uno de los soberanos, le exhortaba á que pusiera la mayor amistad y confianza en su tío don Fernando, rey de romanos, que tanto le había ayudado en la pacificación de Alemania.—Advertiale de lo apurados, y aun exhaustos que tenía de dinero sus reinos y señoríos, le encargaba que excusara todo lo posible pedirles mas, como no fuera necesario para conservar los Estados y tierras de Flandes.—Ordenábase que guardara la tregua que había ajustado con el turco: «porque es razon que lo que he tratado y tratareis se guarde de buena fe con todos, sean fieles ú otros, y es lo que conviene á los que reinan y á todos los buenos:» y también para no dar ocasion al francés para inquietar otra vez la cristiandad como antes lo había hecho.—Que procurara estar en buena amistad con los príncipes electores del imperio; pero advirtiéndole que si necesita sacar gente de guerra en Alemania, lo haga con dinero en mano y pagándola bien, «porque los de acá, decia, quieren precisamente ser pagados.»—Lo mismo le advertía respecto á los suizos, á quienes debía mostrar buena voluntad y afición, pero tratándolos bien y no dejando de pagarles á sus plazos.

En cuanto al papa, quejábale de lo mal que con él se había portado y cumplido, de la poca voluntad que mostraba á las cosas públicas de la cristiandad, y en especial á lo de la celebración del concilio, no obstante que con la esperanza de atraerle había casado á su hija Margarita con el duque Octavio, nieto del pontífice; pero con todo esto le rogaba, «que teniendo mas respeto al lugar y dignidad que el dicho papa tiene á sus obras,» le guardara el debido acatamiento.—Respecto á lo ocurrido en Plasencia, sentía la muerte del hijo del papa, pero aprobaba lo que Fernando de Gonzaga había hecho en nombre del emperador y como ministro del imperio. Le prevenía que muerto aquel pontífice, «que ya es cargado de años,» trabajara por que se hiciese una buena elección, conforme á las instrucciones que ya tenía su embajador en Roma: y que las tres principales cuestiones que con el papa mediaban, á saber: la soberanía de Sicilia, el feudo de Nápoles y la pragmática hecha en Castilla, las tratara con la sumisión y acatamiento de un buen hijo de la Iglesia, «pero de manera que no se haga ni intente cosa perjudicial á las preeminencias reales, y comun bien y quietud de nuestros reinos y señoríos.»—Que guardara la liga y tratado que tenía hecho con Venecia por lo que tocaba á los reinos de Nápoles y Sicilia, y á los Estados de Milan y Plasencia.—Le recomendaba al duque de Florencia, Cosme de Médicis, que se había conducido bien y mostrádose siempre aficionado y devoto al emperador.—Que estuviera sobre aviso en cuanto al duque de Ferrara, pues si bien le estaba muy obligado, tenía deudo con Francia y era inclinado á aquella parte, por lo cual convenia «mirar sus andamientos.»—Que del duque de Mantua podía tener confianza, como él la tenía.—Que cuidara de conservar en su devoción á Génova, por lo que importaba á la seguridad de toda Italia y de las Baleares, y que confiaba en que así sucedería, porque los genoveses debían mucho á su hermano, y la protección de su libertad al imperio.—Que lo mismo esperaba de las repúblicas de Siena y Luca, siempre aficionadísimas á la persona del emperador, porque así les convenia para conservar sus libertades, á las cuales por lo tanto debía favorecer.—Que al conde Galeote, que estaba excluido de la concordia, y por quien muchos intercedían para que le perdonase, sería bueno tenerle así, «porque se había metido muy adelante con Francia, y no podía haber confianza en él.»

Atendida la mala voluntad y comportamiento que con él habían tenido siempre los reyes de Francia padre é hijo, Francisco y Enrique, le mandaba expresamente que no alojara nunca en lo de las renunciaciones que aquellos habían hecho de los Estados de Nápoles, Sicilia, Flandes, Artois, Tournay y Milan, conforme á los tratados de Madrid y Cambray; que jamás cediera en esto, «porque todo lo he adquirido, decia, y vendrá y pertenecerá con buen derecho y sobrada razon...» «Y la experiencia ha mostrado que estos reyes padre é hijo y sus pasados, han querido usurpar de continuo de sus vecinos, y donde han podido, usado de no guardar tratado alguno,

señaladamente conmigo y nuestros pasados.»—Que si pensasen mover la guerra en Italia, tiene bien fortificado á Milan, «y se podrá defender del primer impetu, que es lo que mas se debe temer de franceses.» Que si quisieren pasar á Nápoles, tienen que dejar atrás á Milan, y Nápoles también está fortificado. Que lo están igualmente Mesina y Palermo en Sicilia, «y resistiendo el primer impetu, como dicho es, los franceses despues vienen á perder el ánimo, segun la experiencia siempre lo ha mostrado allí y en todas partes.»—Que evite cuanto pueda dar ocasion de rompimiento ni al papa ni á venecianos, aunque cree que ellos se mirarán en hacerle guerra con Francia, porque saben lo poco que de ella pueden fiar, y que España puede enviar socorros de gente por mar cuando quiera con ayuda del rey de romanos.—Que en Nápoles no quieren á los franceses, y aquel reino, gobernado con justicia, puede dar buenos y fieles vasallos á España.

Que le convendrá tener siempre alguna gente española en Italia, que será el mejor freno, pero cuidando de que esté bien disciplinada, y que no dé ocasion con sus excesos á desesperación y rompimiento.—Que tenga bien apercebidas las fronteras de Navarra y Perpiñan, pues en cuanto á Flandes, no hay que temer una invasion de franceses por el momento.—Que no deje de entretener las galeras de España, de Nápoles, de Sicilia y aun de Génova, pues aunque el gasto sea grande, es bueno prevenir lo que podría suceder en mayor daño, mientras no haya una completa seguridad de Francia y del turco.—Que para el ducado de Borgoña, que es el mas apartado, se favorezca la liga hereditaria que la casa de Austria tiene con Suiza, en la cual está comprendido dicho Estado.—Que aunque no piensa romper la paz por él, no olvide que es propio y verdadero patrimonio suyo.

Que observe si los franceses envían alguna armada á Indias, á la disimulada ó de otra manera; que avise á los gobernadores de aquellas partes para que les resistan, y que al efecto se ponga en buena inteligencia con Portugal.—Que en manera alguna haga concierto con el rey de Francia de dar ni quitar cosa alguna de lo que tiene y le pertenece, «sino estar constante y guardarlo todo, y siempre sobre aviso, sin fiaros en pláticas de paz, ni palabras de amistad, y teniendo continua advertencia de fortificar y proveer lo que pudiéredes en todas partes, etc.»—Discúlpase de la poca protección que da á los duques de Saboya, padre é hijo, para ayudarlos á recobrar lo que los franceses les tenían usurpado, y advierte al príncipe que se mire mucho en ello, aunque por eso no deje de tenerlos por amigos.

Que cuide mucho de entretener amistad con los ingleses y de que se guarden los tratados hechos con el difunto rey; «porque esto importa á todos los reinos y señoríos que yo os dejaré, y será también para tener suspensos á los franceses, los cuales tienen muchas querellas con los dichos ingleses, así por lo de Bolonia como de las pensiones y deudas, y se tiene por difícil que puedan guardar amistad entre ellos que dure.»—En cuanto á los escoceses, que concierto con ellos solamente en lo relativo á navegacion y contratación.—Que mantenga el tratado hecho con el rey de Dinamarca, y se conduzca con él de manera que no vuelva á hacer daño á los Estados de Flandes, como otras veces.—Previénele que ponga buenos vi-reyes y gobernadores, así en los Estados de Europa como en los de Indias, vigilando que no traspasen sus atribuciones ni usurpen mas autoridad de la que se les diere y deben tener, y le hace advertencias saludables sobre el repartimiento de los indios.

Le aconseja que se vuelva á casar, porque los hijos de los reyes y príncipes suelen afirmar el afecto de los vasallos. Vuelve á inclinarse, como ya otra vez lo quiso, á que prefiera la hija del rey de Francia, para asegurar los tratados y alcanzar la restitucion de lo del duque de Saboya; ó bien á la princesa de Albret, á fin de obtener la renuncia de sus pretensiones á Navarra. Y en caso de no poderse hacer ninguno de estos casamientos, le proponia la hija de su hermana la reina viuda de Francia, ó la de su hermano el rey de romanos.—Le anunciaba como conveniente el matrimonio de su hija mayor doña María con el príncipe Maximiliano de Austria, hijo de don Fernando; le aconsejaba hiciese por efectuar el de la infanta

doña Juana, su hija menor, con el príncipe don Juan de Portugal; y concluía ponderando el cariño que siempre le habían mostrado sus dos hermanas las reinas viudas de Francia y de Hungría, y rogando á su hijo las amara y favoreciera cuanto le fuese posible (1). La instrucción estaba fechada en Augsburgo á 19 de enero de 1548.

En este notable documento se ve simultáneamente la multitud de negocios de interés general que bullían en la cabeza de Carlos V, su influjo y participación en los asuntos de todas las naciones, la atención que á todos y á cada uno de ellos prestaba, y la idea que tenía de la capacidad del príncipe su hijo, cuando á la edad de veintiun años le confiaba todos sus pensamientos y sus planes políticos, y le llamaba para encomendarle su continuación y ejecución para el caso en que él falleciese.

Para anunciar su partida en obediencia al llamamiento de su padre, congregó el príncipe don Felipe las cortes de Castilla en Valladolid, cortes á que no asistían ya, como en otro lugar hemos indicado, sino los procuradores de las ciudades, ó sea el estado llano, y que por cierto recibieron con mas disgusto que placer la comunicación del llamamiento del padre y la resolución del hijo, porque Castilla, como observa un antiguo y grave escritor, siempre lleva mal las ausencias de sus príncipes. Con desagrado se vió tambien en Castilla que la casa del príncipe heredero se montara á estilo de Borgoña (15 de agosto), según instrucciones que el duque de Alba había traído del emperador, en lo cual veían los castellanos una desautorización y como menosprecio de las antiguas costumbres á que ellos eran tan apegados.

Como los príncipes Maximiliano y María habían de quedar gobernando el reino durante la ausencia de Felipe, tuvo este que suspender su viaje hasta la venida de Maximiliano á España y la celebración de sus bodas. Dilatóse aquella mas de lo que se había pensado, y tan pronto como llegó se celebró el casamiento en Valladolid (17 de setiembre), desplegando el condestable de Castilla, don Pedro Fernandez de Velasco, encargado de estas bodas, una magnificencia que dejó altamente complacido al príncipe alemán. Dió Felipe posesión del gobierno de España á los nuevos consortes sus hermanos, y á las dos semanas partió de Valladolid (1.º de octubre) camino de Flandes, llevando consigo al duque de Alba, su mayordomo mayor, al caballero mayor don Antonio de Toledo, á Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, al duque de Sessa, al conde de Olivares, y á varios otros grandes, gentiles hombres y oficiales de su casa, recién nombrados cuando la puso á la borgoñona. Desde Zaragoza se dirigió al célebre monasterio de Monserrat, á que tenía particular devoción, y donde se detuvo á confesar y comulgar. De allí pasó á Barcelona y Rosas para embarcarse (19 de octubre). Habían sido enviados por el emperador para recibirle y conducirlo el marqués de Pescara, hijo del del Vasto, el príncipe Doria con la armada de Génova, y don García de Toledo con las galeras de Nápoles.

Dióse, pues, á la vela el príncipe Felipe con toda su brillante comitiva. Á pocos soberanos de la tierra les habrán sido consagrados tan suntuosos festejos, tan espléndidos y magníficos regocijos como los que se hicieron al príncipe español en Génova, en Milan, en Mantua, en Trento, en Inspruck, en todos los pueblos de Italia, de Alemania y de Flandes que atravesó en esta marcha. Príncipes y princesas, embajadores de todos los Estados, corporaciones, personajes, damas y pueblo, todos á porfía festejaban y agasajaban con todo género de fiestas y espectáculos al heredero de Carlos V. Volúmenes enteros se han escrito para describir los obsequios que se tributaron á Felipe en este viaje (2). La ciudad de Milan le hizo primeramente un donativo de veinte mil escudos, y despues otro de cien mil á nombre de todo el Estado. Tambien él por su parte quiso mostrarse espléndido y generoso,

(1) No hemos insertado el documento íntegro por ser demasiado extenso. Sandoval le trae en el lib. XXX de su historia, pero nos parece mas exacto el que se halla en el tomo III de los *Papeles de Estado* del cardenal Granvela, pág. 267 y sig.

(2) Calvete y Estrella, *Viaje de Felipe II á Flandes*.—Del camino del príncipe don Felipe de España á Flandes en 1548, por Vicente Alvarez.—Leti, *Vita di Filippo II*, part. prima, lib. IX.

y á la princesa de Ascoli que le había obsequiado con un lujosísimo baile en que las damas milanesas ostentaron todas sus galas, le regaló un diamante de cinco mil ducados, un collar de rubies, perlas y diamantes de valor de tres mil ducados para su hija, y otro diamante de mil quinientos para la duquesa hijastra de aquella princesa. Mas queriendo al propio tiempo mostrarse piadoso y devoto, hizo donaciones á muchas iglesias, y en especial á la de Nuestra Señora de Monferrato le dió en tres veces hasta veinticinco mil escudos, además de quince mil ducados que gastó en ornamentos para el templo.

Cuando llegó á Bruselas, donde ya entonces se hallaba el emperador, el resplandor de las antorchas había desterrado y como suprimido la noche en que hizo su entrada. Esperábase allí sus dos tías las reinas viudas de Hungría y de Francia, las cuales le presentaron á su padre, dando lugar á una tierna y afectuosa escena de familia. Congregados por el emperador los estados de Flandes, todos á propuesta del César se conformaron en reconocer y jurar al príncipe Felipe de España por heredero y sucesor de aquellos Estados y señorios (1549). Las fiestas con que se celebró este solemne acto en Bruselas no fueron menos suntuosas que las que le habían dedicado en su tránsito á aquella ciudad. Llevado fué despues como en triunfo por el emperador y la reina gobernadora de los Países Bajos, su hermana, por casi todas las ciudades de Flandes y Brabante, de Namur y Luxemburgo, recibiendo el homenaje de los que habían de ser sus vasallos, pasando continuamente por debajo de arcos triunfales, y compitiendo cada poblacion en el lujo y la suntuosidad de las fiestas (de julio á octubre de 1549), y aun á su regreso á Bruselas hubieran continuado, si no las hiciera suspender el ataque de gota que molestó otra vez al emperador, y la nueva que llegó de la muerte del papa Paulo III (3).

En medio de esta exterior y al parecer general alegría, observábase siempre una figura grave y severa, que á pesar de su juventud mostraba cierta austeridad sombría que formaba contraste con los regocijos públicos de que era objeto. Esta figura era el príncipe Felipe, que con su carácter tético y adusto, con no hablar el idioma flamenco, con vestir y vivir á la española, y con las preferencias que daba á los trajes y á las costumbres de España, se hizo desagradable á los flamencos, y dió ocasion y origen á aquella antipatia que había de manifestarse despues con funestas demostraciones de aborrecimiento. De modo, que por causas semejantes vino á producir el hijo en los Países Bajos la misma desfavorable impresion que treinta años antes había producido su padre en España.

Permaneció Felipe en Bruselas todo el tiempo que detuvo allí al emperador la falta de salud. En este intermedio él y los caballeros de la corte quisieron solemnizar el quincuagésimo aniversario del nacimiento de su padre, y hubo una fiesta real muy vistosa (24 de febrero, 1550), en que justaron á competencia españoles y flamencos. Por cierto que ensayando Felipe las armas para entrar en la liza, estuvo muy en peligro su vida, porque el comendador mayor de Castilla don Luis de Requesens le dió tan recio golpe de lanza en la cabeza, que le dejó sin sentido. Por fortuna el príncipe volvió pronto en sí, y al ver que no había lesion alguna, salieron todos del cuidado en que tan disgustoso suceso le había puesto. Al fin, cuando el emperador pudo partir á la Dieta de Augsburgo (31 de mayo, 1550), llevó tambien consigo á Felipe, el cual fué poco menos agasajado en Alemania que lo había sido en Italia y en Flandes, bien que tampoco fuera mas favorable la impresion que su carácter despegado hiciera en las ciudades del imperio. Así fué que habiendo Carlos significado en la Dieta su deseo y proyecto de transmitir en herencia á su hijo los Estados imperiales, no obstante el paso avanzado que veinte años hacía había dado, haciendo conferir á su hermano Fernando la dignidad de rey de Romanos, no solo halló oposicion en Fernando á renunciar la sucesion al

(3) Heræus, *Annal. Brabant.*—Estrella, *Viaje de Felipe II.*—Leti, *Vita.*—Sandoval, lib. XXX.—Herrera, en la *General del Mundo.*—Campana, *Vida de id.*

CAPÍTULO XXXII

Felipe regente de España.—Felipe II rey

DE 1551 Á 1557

Córtes de Aragon.—Servicio que votaron.—Apuros de numerario en que se veía siempre Carlos V.—Segundo casamiento de Felipe con María de Inglaterra.—Capítulos matrimoniales.—Disgusto y oposicion del pueblo inglés, y sus causas.—Disturbios y rebeliones: su término: parte que tuvo en ellas la Francia.—Viaje de Felipe á Inglaterra.—Su recibimiento.—Sus bodas.—Felipe rey de Nápoles y de Inglaterra.—Política de Felipe con los ingleses.—Muerte de doña Juana (la Loca), madre de Carlos V.—Resuelve el emperador retirarse á España.—Llama á su hijo Felipe para renunciar en él los estados de Flandes.—Ceremonia solemne de la abdicacion en Bruselas.—Discursos notables.—Reconocimiento y jura de Felipe.—Renuncia Carlos en su hijo los reinos de España.—Proclamacion de Felipe II en Valladolid.—Odio del papa Paulo IV á Felipe II.—Intenta despojarle del reino de Nápoles.—Guerra que le mueve.—Templada conducta de Felipe con el papa.—Durísima y muy notable carta del duque de Alba, virey de Nápoles, al pontífice.—Obstinacion de Paulo.—Entra el duque de Alba con ejército en los Estados pontificios.—Amenazan los españoles á Roma.—Consternacion de la ciudad.—Tregua entre Felipe II y el papa.—Renuncia Carlos V el gobierno y administracion del imperio en su hermano Fernando.—Determina encerrarse en el monasterio de Yuste.—Situacion del monasterio.—Venida del emperador á España.—Desembarca en Laredo.—Curiosos pormenores de su viaje.—Entrada de Carlos V en el monasterio de Yuste.

Aunque Felipe había traído tan amplios y plenos poderes como hemos visto para la gobernacion de estos reinos, las pragmáticas, ordenanzas y provisiones sobre negocios graves seguían expidiéndose por el emperador, y encabezándose con los nombres de don Carlos y doña Juana. Así lo fué la convocatoria á cortes generales de los tres reinos de Aragon, Cataluña y Valencia que despachó al año siguiente (30 de marzo, 1552) para la villa de Monzon. El objeto de estas cortes, que presidió el príncipe regente, era, como el de casi todas las de aquel tiempo, la exposicion de los gastos y la petición del servicio. Así lo manifestó el príncipe en la proposicion ó discurso que á su nombre leyó el protonotario en la sesion de apertura (5 de julio), reducido á hacer una compendiosa narracion de las guerras que el emperador su padre había sostenido en Alemania, en Italia y en Francia, y las que había mantenido para librar las costas de Italia y España de la armada turca conducida por Sinan y Dragut, á ponderar los gastos que así estas guerras como la celebracion del concilio le habían ocasionado, y á pedir un servicio considerable con que pudiese subvenir á tantas atenciones.

Sirvieron, pues, estas cortes al emperador con doscientas mil libras jaquesas en los mismos términos y plazos que las anteriores de 1547, y votaron como entonces, libre y espontáneamente, un donativo de veintidos mil libras para el príncipe regente. Fuéronle además facilitadas este año al emperador de todas partes crecidas sumas de dinero, y solo el arzobispo de Zaragoza, don Fernando de Aragon, le dió particularmente diez mil ducados (5). Mas ni estos esfuerzos del reino, ni las remesas de oro que venían de Indias, alcanzaban á cubrir los inmensos gastos que tantas y tan frecuentes y generales guerras ocasionaban, y la nacion se empobrecia y el emperador no dejaba nunca de estar empeñado.

Trataba ya Carlos de casar otra vez á su hijo. Inclínabase Felipe á la infanta doña María de Portugal, hija del rey don Manuel y hermana de la emperatriz su madre. Mas como este matrimonio no se efectuase á causa del inmediato deudo que entre los dos había, se pensó en otro de mas importancia para el engrandecimiento de Castilla, en el de María de Inglaterra, heredera de la corona de Eduardo VI. Este casamiento no podía ser sino puramente político y de cálculo, porque ni la edad de la princesa, que frisaba ya en los treinta y ocho años, cuando Felipe no había cumplido aun los veintisiete, ni su carácter y figura la hacían á propósito para inspirar una pasion amorosa. Pero Carlos en los últimos años de su imperio no

(5) Coleccion de Cortes, Biblioteca de la Real Academia de la Historia.—Ponzano, *Anales de Aragon*, lib. III, cap. 6.

trono imperial, por mas que á ello le instara la reina de Hungría, que con solo ese objeto había ido á Augsburgo, sino tambien en los alemanes mismos. Fernando había vivido mucho tiempo entre ellos y procurado acomodarse á sus costumbres. Su hijo Maximiliano había nacido en el país, adornábase excelentes prendas, amábanle los naturales, y era ya rey de Bohemia (1). Por tanto, á pesar de los recursos que con habilidad y destreza empleó el emperador en favor de su hijo, para que al menos se le nombrase coadjutor del imperio y sucesor de su tío, á todo halló resistencia, y tuvo que desistir, no obstante su firmeza y constancia para llevar adelante un propósito. Lo que hizo fué despertar los recelos de los alemanes, y hacer á Fernando mas cauto y vigilante para procurar irse captando la voluntad de los electores.

Frustrado este designio y terminada la Dieta, tuvo por conveniente que el príncipe su hijo volviese á España, donde tambien tenía que venir Maximiliano, rey de Bohemia, para llevarse á su reino la princesa doña María su esposa (2). Nombró otra vez á Felipe regente y gobernador de los reinos de Castilla y Aragon; y esta vez quiso que viniese revestido con amplísimos poderes, que le otorgó en la misma ciudad de Augsburgo (23 de junio, 1551) para la administracion y gobernacion de ellos, con facultad de hacer todo lo que él mismo hacer pudiera si se hallase presente, hasta con poder especial para empeñar y vender rentas y derechos de la corona y patrimonio real, vasallos, jurisdicciones, villas y lugares de sus reinos y señorios; mandando que le reverenciasen, respeten y obedezcan como á su propia persona, y como si fuese rey absoluto, dando á este poder la misma fuerza que si hubiese sido otorgado en cortes generales (3).

Provisto de tan amplísimos poderes, partió Felipe de Augsburgo y viniendo á Mantua, Milan y Génova, desembarcó felizmente en Barcelona (12 de julio, 1551). Su primer cuidado fué hacerse reconocer en Navarra, donde no lo había sido todavía, y los navarros le juraron sin dificultad en Tudela por su príncipe y señor natural. Tras él había venido Maximiliano, rey de Bohemia, el cual no hizo sino recoger á doña María, hermana de Felipe, su esposa, y llevársela consigo á su reino (4).

En este mismo año se realizó tambien el deseo que el emperador había manifestado de casar su segunda hija doña Juana con el príncipe don Juan de Portugal. Esta princesa, á quien veremos despues rigiendo la Castilla, fué solemnemente recibida en aquel reino por el duque de Abeyro y el obispo de Coimbra.

Los acontecimientos de que había sido teatro la Europa y que retenían en Flandes y en Alemania á Carlos V, principal protagonista y alma de todas aquellas escenas durante la infancia y juventud de su hijo Felipe, los dejamos referidos en los capítulos anteriores, y no hay sino cotejar las fechas para ver lo que en cada período de su edad acontecía en el mundo. En el capítulo siguiente consideraremos ya al príncipe Felipe rigiendo con plenos poderes la España, hasta que por abdicacion de su padre le sucedió como rey en todos sus Estados hereditarios.

(1) En Valladolid, hallándose de regente y gobernador de España, recibió la nueva (1549) de que los bohemios, faltando voluntariamente á su privilegio y costumbre de elegir soberano, le habían jurado por rey y declarado el trono hereditario en su familia: con cuyo motivo había pasado otra vez de España á Alemania, y su presencia en la Dieta fué un nuevo obstáculo á los designios del emperador.

(2) Esta señora había dado á luz en Cigales, pueblo de Castilla la Vieja, á la infanta doña Ana (1549), que despues fué reina de España y madre de Felipe III.

(3) Cabrera, *Hist. de Felipe II*, lib. I, cap. III.—Sandoval, l. XXXI.

(4) Para poder hacer este viaje la reina de Bohemia doña María hija del emperador, tuvo que pedir prestados al arzobispo de Zaragoza don Fernando de Aragon cinco mil ducados, que él le facilitó con mucha complacencia y sin premio é interés alguno.—Ponzano, *Anal. de Aragon*, libro III, cap. IX.